

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

5. ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

DORTEROS padre también tenía una mañana activa. Había hecho una lista de prioridades (¡ya no estaba en edad de confiarle todo a la memoria, como Juan Carlos!), y con ella en el bolsillo penetró en el edificio de la Jefatura de Policía, aquel viejo local donde transcurriera tan vasto sector de su existencia. Aún se sabía apreciado allí, y no dudaba en obtener la cooperación necesaria para sus propósitos.

Era más o menos a esa hora que Dorteros hijo, detenido frente a un semáforo, a poca distancia del edificio que acababa de dejar, fruncía el ceño ante el espejo retrovisor de su vehículo.

—¡Juraría que...!

Sí. ¡Imposible confundir al individuo aquél! Inmóvil en una de las esquinas fronteras, con la cabeza erguida, no había duda de que vigilaba la ventana de Esmeralda Capurro...

Juan Carlos acomodó el espejo, a fin de obtener el mejor ángulo visual posible. Así lo distinguía bien; el otro, en cambio, no parecía haber reparado en él. Se quedó quieto, observando al observador. ¿Qué propósitos alentaría el peculiar sujeto?

EN UN libro acerca del teatro musical de Broadway, que Juan Carlos tenía en su biblioteca, figuraba una descripción física del malogrado letrista del Tin Pan Alley de los años veinte, Lorenz Hart. De poco más de un metro cincuenta de estatura, las diversas partes de su magra anatomía, en una forma difícil de explicar, no parecían estar *proporcionadamente* ensambladas... La semblanza le caía como un guante a Jorge Raskowsky, jefe de la sección Archivo, con aficiones declaradas de escritor y fama de “bicho raro”. Justamente, el joven Dorteros tenía programada una visita al tal Raskowsky para esa misma tarde. Aún no había podido entrevistarle, dado que el hombre estaba temporalmente suspendido de sus labores, debido a una sanción disciplinaria que se le impusiera.

¿Adelantaría el *tête-à-tête*, visto lo propicio de las circunstancias?... Se decidió por la afirmativa; pero, tras el paso de un ómnibus, que interpuso su reflejo entre los ojos del detective y la imagen de Raskowsky, éste sencillamente se hizo humo.

Fue inútil que Juan Carlos intentara su búsqueda. Inclusive atravesó el cruce, ignorando el amarillo del semáforo, y luego procedió a dar varias vueltas lentas por las inmediaciones; pero no consiguió localizarlo... Cabía en lo posible que Raskowsky hubiera abordado un taxi, o penetrado en alguna casa de las inmediaciones. ¿Quién podría decirlo con certeza?

El detective suspiró. Luego de volver la cara hacia uno y otro lado, se echó para atrás el abundoso cabello claro y chasqueó la lengua con disgusto.

—Me habría ahorrado un viaje... ¡Pero, por Cristo, que esta misma tarde me le planto delante de la puerta y no despego el dedo del timbre hasta que me abra! ¡Me palpita que ése sabe mucho de todo esto..., y se lo voy a sacar aunque tenga que someterlo a un “tercer grado”!

LA VOZ que respondió al repiqueteo de sus nudillos era afable, advirtió el ex comisario. Y además era conocida.

—¡San Ivo bendito! ¿Será posible que...? —y empujó la puerta rotulada:

DIVISION HOMICIDIOS - COMANDANTE

—¡Pero!... ¡Vos por acá!

—¿Cómo, mi viejo? ¿Ahora estás a cargo de esto?

El hombre que se sentaba tras el escritorio se levantó para tender la mano a Dorteros. Su actitud no podía ser más cordial; sin embargo, al visitante, fino observador, no se le escapó el porcentaje de reserva que incluía. El ex comisario, por su parte, estaba sorprendido y con la guardia baja ante el fortuito encuentro.

En visitas previas lo había recibido invariablemente un tal Giménez, funcionario de mediocres aptitudes, pero, en cambio, complaciente en extremo en lo que a Dorteros se refería, ya que lo respetaba por su renombre cuasilegendario. Con este Callaza, pensó, la cosa iba a ser algo distinta: ambos se conocían demasiado bien como para acudir a subterfugios de cualquier especie.

—¡Pero qué gusto de verte, veterano!

—Lo mismo digo. ¡Así que te pusieron acá, che!

—Desde hace un par de días, nada más... ¡Pero no te quedes parado, hombre! ¡Sentate!

Dorteros lo hizo. Frente a frente, los dos viejos amigos se observaban mutuamente, aunque con disimulo. Callaza (*) estaba bastante enflaquecido, comprobó con pena su camarada de otros tiempos. Aquella calva suya no lucía ya con el candor de ayer y, ¡ay!,

(*) El comisario Callaza, personaje de “Mi trabajo es el crimen”, segunda novela de esta trilogía.

sus feos y entrañables incisivos amarillos, que fueran su emblema, habían sido sustituidos por asépticas prótesis; la manoseada y pestilente pipa, otra de sus *trade-marks*, había desaparecido por prescripción médica.

Dorteros estaba enterado de que, un par de años atrás, cierto malviviente le había descerrajado un balazo casi a quemarropa, interesándole el pulmón derecho. Callaza había salvado la vida a duras penas, no sin repetidas intervenciones quirúrgicas; y desde entonces ya nunca volvió a ser el mismo... Pero, vaya uno a saber por qué tozudez moral, jamás solicitó el retiro.

—¿H ACE cuánto que no nos veíamos? —preguntó Callaza.
—¿Eh? —Su amigo se sobresaltó; luego, reponiéndose, fingió contar con los dedos—. A ver... Cinco... No, seis años y pico. ¡Mirá vos cómo vuela el tiempo! ¿Y cómo la vas llevando, eh?

—¿Cómo? ¡Como puedo! —alzó los hombros—. ¡No hay otra, che!

—Supe lo de tu...

—¡Bah! Ya es asunto viejo.

—¡No sabés cuánto lo lamento! Quería pasar a verte antes, pero...

Callaza sacudió una mano salpicada de manchitas pardas.

—No hay drama. ¡Todo quedó archivado!

No todo, pensó Dorteros. El espíritu sale herido también, en tales casos; y para cicatrices como ésas no existe bálsamo eficaz. ¡Pobre buen amigo!...

—¿Venías por algún asunto en particular?

—Bueno, te diré...

Por un fugaz instante, la antigua sonrisa irónica de Callaza aleteó en su boca; luego las comisuras volvieron a descender.

—Ya estoy enterado de tus visitas anteriores —advirtió.

—¿G IMÉNEZ te informó? Sucede que...
—Sé que tendrás buenas razones. ¿De qué se trata ahora?

A pesar de su mayor estatura y corpulencia, Dorteros se sentía en desventaja. En su lugar, reconoció para sí, pondría al pedigüño de patitas en la calle. Pero Callaza siempre había tenido fama de tolerante.

—Es por el caso de la chica degollada —dijo.

—¡Eso ya lo sabía! ¿Pero por qué te interesa?

—Te soy sincero: lo hago por el botija, ¿sabés?

—¿Juan Carlos? ¿Qué edad tiene ya?

—Veintiocho. Pasa que él...

—¡No me vas a salir con que tu hijo y la víctima...!

—¡No, no es eso! Está investigando el caso, y pasa que me pidió...

Callaza, con una risita, apoyó la mano en su calva.

—¡A-já! De tal palo... ¿Ingresó al “club” el muchacho?

—No. El es..., ¡ejem!, detective... particular.

—¿Quéé? ¿Como los de las películas? ¡Mirá, si me estás cargando...!

—No te voy a decir que a mí me hizo mucha gracia tampoco, al principio —admitió Dorteros—. ¡Pero si vieras cómo se ha tomado en serio la profesión!...

—Así que no juega al “Maik Hammer” criollo, ¿eh?

—No, no, oíme: él está metido en esto sólo porque se lo pidió una amiga de la muerta. Para complacerla, ¿viste?

Callaza lo miró con gesto agrio.

—¡Novia de él, me imagino! Y vos le das una manito, ¿eh? ¡Para que no quede mal, será!

—Colaboro lo mejor que puedo, pero...

—¡Claro! —bufó Callaza—. ¡Porque nosotros, los de la policía oficial, somos una manga de ineptos! ¿Qué, te cuesta decirlo con todas las letras?

Dorteros debió echar mano a sus reservas de tacto, así como a su capacidad de persuasión, para verter aceite en las aguas revueltas. Sin duda que su amigo estaba hecho un vejestorio chinchudo, se dijo; pero había que tolerárselo. Un solterón empedernido como él, de hábitos solitarios, y para colmo, habiendo sufrido la tremenda experiencia de su herida a manos de un delincuente... Como, no obstante, Dorteros lo sabía honesto y consciente, no le sorprendió demasiado que, al fin, Callaza terminara por reconocer la verdadera naturaleza de los hechos.

—Lo cierto es —confesó el policía—, que me mandaron a poner orden en este berenjenal... ¡Giménez marchó a dirigir el tránsito, con uniforme! ¿Podés concebir que ni siquiera habían hecho una autopsia en forma?

DORTEROS saltó como el zorro sobre la perdiz.

—¡Ah! ¿Tenés el informe? ¡Eso sí que me resultaría útil!

El otro esbozó un ademán de impotencia, no desprovisto de humor.

—¡Lo que gustes! Total, no creo que pueda hacer más daño...

—¡Mil gracias, viejo! ¿Y no habrá por ahí una lista de las pertenencias de la occisa?
¡Porque tengo entendido que vivía sola, en una pensión de estudiantes, sin familiares ni...!

Callaza le apuntó con un índice como una daga.

—¡Cuidadito, ex colega!

—¿Eh?

—¡Nada de pesquisas “extraoficiales”! ¡Cualquier cosa que llegues a descubrir, me la comunicás *ipso facto*! ¿Comprendido?

—No investigaría yo mismo —mintió Dorteros—. ¡Juan Carlos se encarga de todo!

—¡Y exactamente la misma regla rige para el mozo! ¿Hablé con claridad?

—¡Meridiana! Se hará como decís.

—Mejor así. —Callaza tiró de un cajón, de cuyas entrañas extrajo un formulario. Trazó un par de rúbricas y luego se lo extendió al ex comisario—. ¡Presentales esto! Te van a dar lo que te haga falta.

—¡No sabés cómo te lo agradezco, amigazo!

HABÍA una chispa nueva en los ojos grisáceos del otro, notó Dorteros, complacido. Era obvio que la situación lo divertía en el fondo. Seguro que gran parte de su severidad era fingida... ¡Quizás hasta le aliviara recibir alguna colaboración oficiosa en aquel caso tan complejo!

—¡Todo sea por el joven Juan Carlos! —sonrió Callaza.

En ese instante, sonó el teléfono de su escritorio.

—Sí, Callaza —respondió, tras pegarse el auricular a la oreja—. ¿Cómo? Sí, está conmigo...

¿¿Qué?? ¿Pero... está seguro de eso? —Dorteros, atónito, lo vio volverse hacia él, con gesto demudado. Se le había puesto roja la calva; las sumidas mejillas, casi cenicientas—. ¡Voy a ponerlo al tanto enseguida! —y colgó de un golpe.

Dorteros lo miró. Un extraño temor, como hiedra ponzoñosa, empezó a treparle espinazo arriba. Se estremeció. La voz le temblaba ligeramente al inquirir:

—¿Pasa... algo malo?

CALLAZA extendió un brazo para alcanzar la manga del saco de su amigo, a la altura del codo. Los huesudos dedos se cerraron como una trampa, hasta doler.

—¿Vos no sabés... nada? —preguntó a su vez.

—¿De qué? —Dorteros sorbió aire con violencia—. ¡No te entiendo!

Sentía que los ojuelos del viejo policía lo escudriñaban, estudiando su expresión, tratando de leer a través de piel y huesos... Volvió a estremecerse.

—¿Qué es lo que pasa, che..., por amor de Dios?

—Sí —decidió el otro—. ¡Es evidente que no tenés ni idea!

—¡Maldito si...! ¿Pero vas a hablar claro?

—No me explico por qué capricho del destino estás acá conmigo, precisamente ahora... ¡Aunque quizás sea lo mejor! ¿Sabés lo que me acaban de informar por teléfono?

—¡Si no lo largás de una buena vez!...

—Hay orden de arresto contra tu hijo Juan Carlos.

Dorteros saltó de la silla.

—¿Orden de...? ¡Es imposible, no lo creo!

—Por sospecha de homicidio. *¡Mataron a un tal Luciano Di Reggia..., y hay varios testimonios que afirman que tu hijo y él se pelearon a puñetazos ayer de noche!...*

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

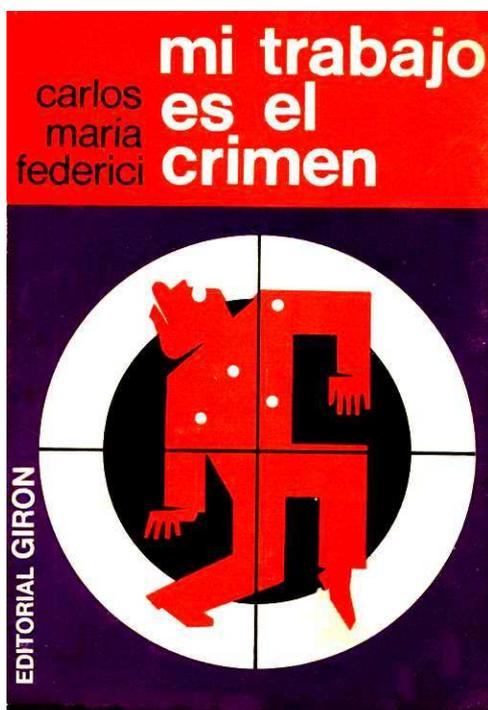
policiacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



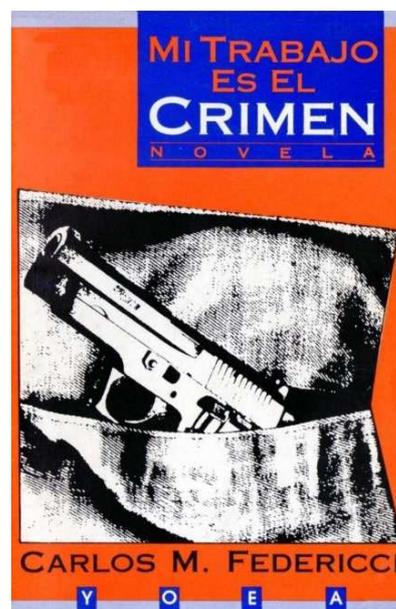
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

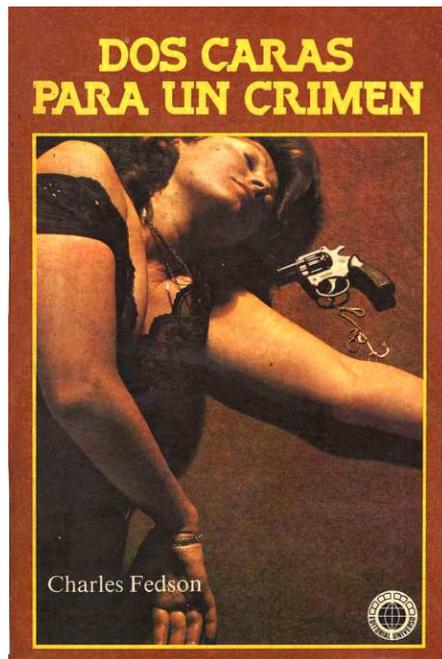


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

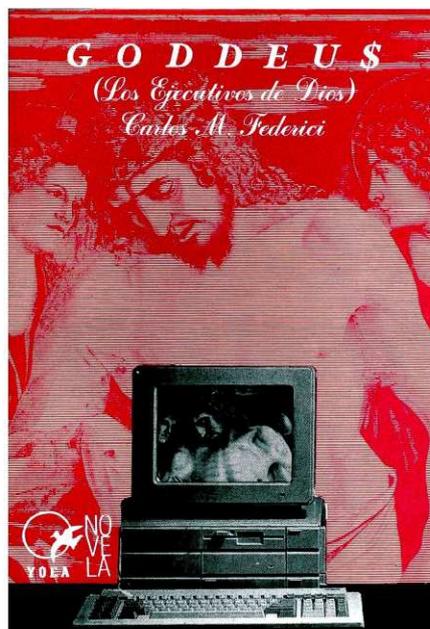
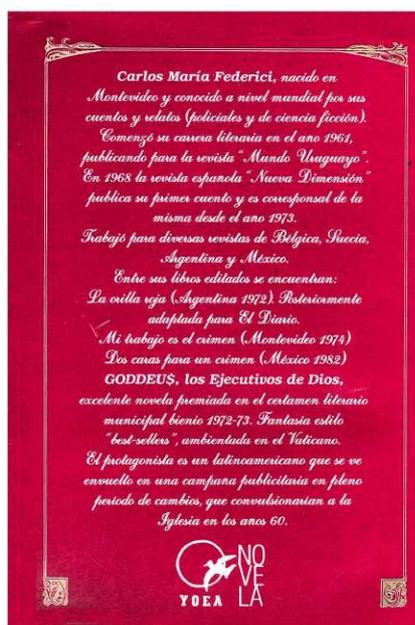
Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com